

Entrevista a Sergio Ramírez

—• Por : Espacio Laical •—



El destacado narrador, periodista, abogado y político nicaragüense **Sergio Ramírez**, autor de la premiada novela *Margarita, está linda la mar* y quien se desempeñó como vicepresidente de Nicaragua tras el triunfo sandinista, ha tenido la gentileza de responder el cuestionario que *Espacio Laical* le hizo llegar a través de nuestra colaboradora Laura Domingo Agüero. Para nuestra revista constituye motivo de gran satisfacción poder ofrecer estas respuestas de **Sergio Ramírez**, galardonado recientemente con el Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en Idioma Español

E.L: Cuando triunfa la Revolución Cubana en 1959 Usted comenzaba su proceso de formación intelectual. ¿Cómo impactó en ese proceso aquel acontecimiento histórico y el movimiento cultural que se desencadenó?

Fue un hecho trascendental en todos los sentidos, y en los países que vivíamos bajo dictaduras, como en el caso de Nicaragua la de la familia Somoza, se abrió una gran esperanza de que también fuera posible una revolución. Si había caído Batista, por qué no Somoza. Pero pasarían veinte años antes de que esto fuera posible. Mientras tanto, la visión del enfrentamiento entre América Latina y Estados Unidos tomó un nuevo cariz, y Cuba pasó a encarnar el ideal de soberanía.

A la par, Cuba se convirtió a través de Casa de las Américas en un foco cultural de primera magnitud. Las ediciones de libros, la revista *Casa*, todo era buscado con avidez, y los congresos y seminarios, el concurso, tenían un inmenso poder de convocatoria. La cultura unía a América Latina.

E.L: Después de haber tomado parte activa en la vida política de Nicaragua y de haber ocupado incluso altas responsabilidades, ¿qué sedimento ha dejado en Usted todo ese pasado, qué enseñanzas, qué conclusiones?

Que la vida marca los momentos cuando uno parte de un compromiso. La revolución en Nicaragua se volvió para mí insoslayable, y participé en ella desde mi perspectiva de escritor que creía posible un cambio en la realidad, tal como el que yo podía lograr con la imaginación. Gané experiencia, viví lo que era necesario vivir, y regresé a mi oficio literario con una perspectiva diferente del mundo. Si luego las cosas no resultaron como me pareció que debían ser, eso no disminuye mi fervor de aquellos años, que vuelve siempre a mis recuerdos.

E.L: ¿Cómo incidió esa experiencia en su creación literaria?

El poder político y la escritura literaria conviven de manera difícil. La literatura es esencialmente

crítica, basada en un espíritu de libertad frente a cualquier tesis o dogma, y si uno escribe desde una posición oficial, no es fácil evitar caer en la escritura de propaganda, de defensa cerrada de lo que uno está haciendo, a través de la ficción. Crear algo así como un realismo sandinista en los años de la revolución hubiera sido un desastre.

Pero yo no quería dejar de escribir, y tras diez años de silencio literario decidí que debía seguir adelante, o corría el riesgo de dejar de ser escritor. Entonces, en 1985, en medio de lo más duro de la guerra que librábamos contra los contras, emprendí la escritura de *Castigo Divino*, que trata de un envenenador en serie de los años treinta en León. Es mi novela más larga, y la que me tomó más tiempo de investigar, y la fijé en un escenario lo más lejano posible de la revolución de la que yo era protagonista.

E.L: ¿Cómo se miran el Sergio Ramírez escritor y el Sergio Ramírez político?

Cada uno en su propia esfera de acción. Fui político no por vocación, sino por necesidad, cuando la literatura le prestó un escritor a la revolución. Nunca fui ninguna clase de animal político, ni puse nunca el poder por encima de la literatura. Por eso fue que no me costó abandonar el escenario político, y volví con gusto a mi oficio original.

E.L: En los últimos tiempos ha crecido entre los teóricos del arte la preocupación acerca de los peligros que encierra la banalización, comercialización y masificación de la cultura, presentes hoy en varias manifestaciones artísticas. ¿Comparte Usted también esas preocupaciones? De ser así, ¿cómo aprecia este fenómeno en el contexto de la narrativa hispanoamericana?

Me parece que la banalización siempre ha estado presente en las civilizaciones a lo largo del tiempo, y el hedonismo y la superficialidad nunca han sido ajenos a los seres humanos. Hoy en día la masificación de la cultura ya no es siquiera un producto industrial, sino de la sociedad de la información donde la gente depende en todo sentido de los medios cibernéticos



para comunicarse, comprar y vender, divertirse, difundir ideas, arte y literatura, y también crear negocios.

Al masificarse, la cultura se ha democratizado. Cualquiera puede bajar un video de Paris Hilton, y otro de Pavarotti, aún gratis si acude a la piratería. La educación verdadera consiste en que la gente aprenda a separar la paja del centeno. Que haya categorías culturales es inevitable, y que al lado de Pablo Coello exista García Márquez, y al lado de *El código Da Vinci* exista *El siglo de las luces*, parece también inevitable.

E.L: Parece ser una fuente inagotable de inspiración para nuestros novelistas el inmenso legado histórico latinoamericano. ¿Cree Usted que este podría convertirse en un lastre al desarrollo de la imaginación y la trascendencia hacia otros planos literarios especulativos?

Es un asunto de libre elección. Para mí Latinoamérica, con sus múltiples capas de realidad, entre lo atroz y lo inaudito, y lo hermoso y lo alucinante, sigue siendo una gran fuente narrativa, no solo los hechos del pasado, sino los que nos toca vivir a diario en medio de la desigualdad y la injusticia que no terminan de ser enterradas, el crimen organizado y el narcotráfico, la cultura de los nuevos ricos, la corrupción, las pandillas juveniles, el éxodo dramático de miles de pobres hacia el “sueño americano”.

E.L: ¿Se mantiene informado acerca de la narrativa cubana? Si es así, ¿puede mencionarme algunos autores y algunas obras que han despertado su interés?

Igual que en América Latina, es difícil seguir el ritmo con que aparecen nuevos escritores en Cuba. Pero hay un contingente cubano de primera línea, y voy a mencionar a los clásicos recientes, una lista demasiado selectiva que va de Eliseo Alberto a Senel Paz, a Leonardo Padura y a Wendy Guerra. La cultura cubana siempre es asombrosa por su poder creativo, en la literatura, en la música, en las artes plásticas.

E.L: Su novela *Margarita, está linda la mar* ocupa ya un sitio privilegiado en la literatura contemporánea en lengua española. ¿Puede anunciarnos cuáles son sus actuales proyectos literarios y el principal objetivo de su labor periodística?

Se ha publicado recientemente mi última novela *Sara*, bajo el sello Alfaguara, que recrea la historia bíblica contada en el Génesis sobre esa pareja errante que anda por el desierto persiguiendo una promesa; he buscado leer entre líneas el texto del Antiguo Testamento, y acercarme como narrador a Sara, la esposa del patriarca Abraham, esa mujer astuta que busca como salir de detrás de la cortina, donde debe esconderse de las miradas cada vez que aparecen los visitantes enviados por el Mago, que es el nombre que en la novela tiene Dios. Sara sabe que le está vedado reírse, y para liberarse, trasgrede el sometimiento con la risa.

Ahora estoy escribiendo una secuela de *El cielo llora por mí*, en la que creé al inspector Dolores Morales, que aparecerá ya como investigador privado, retirado de la Policía Nacional investigando la desaparición de la hija de un millonario, un caso detrás de la que hay un mar de fondo. Es una novela en el presente de Nicaragua.

E.L: ¿Cómo podría catalogar la producción literaria de los jóvenes nicaragüenses y su nivel de involucración

en la sociedad y la cultura en la actualidad?

Hay una floración de escritores muy jóvenes que se ocupan de la narrativa como nunca antes, y creo que esa va a ser una nueva etapa en la literatura nicaragüense, pues el campo ha sido hasta ahora de la poesía. Se han publicado diversas antologías de jóvenes narradores, y las mujeres despuntan también con fuerza, no solo en Nicaragua, también en el resto de los países Centroamericanos. Hace un par de años preparé para el Fondo de Cultura Económica una antología de narradores centroamericanos, *Puertos abiertos*, que es una buena muestra de este nuevo fenómeno.

E.L: Al recibir recientemente en México el premio Carlos Fuentes usted se refirió al poder de la palabra y la literatura, en general, frente a las injusticias, las imposiciones y las ignominias. Desde este punto de vista, ¿qué significa un galardón como este para Sergio Ramírez? ¿Qué tipo de impacto siente que ha tenido –y tendrá– este acontecimiento en su vida y su profesión?

Los premios son mojones en el camino de un escritor. Una llega a ellos, pero no debería buscarlos, porque la caza de los premios distorsiona la tarea literaria y puede llegar a arruinarla. Disfruto los premios cuando me los dan, pero no sufro por obtenerlos. Y procuro pensar en los que vienen detrás, en los más jóvenes, y cómo un premio concedido a un escritor de un país pequeño como Nicaragua, puede ayudarlos a ellos a salir adelante.

E.L: ¿Cuál es su opinión sobre el proyecto del canal transoceánico en Nicaragua? ¿Qué podría decirnos al respecto?

El canal siempre me ha parecido una farsa, y prefiero la farsa a la tragedia de que llegara a construirse a costa de la soberanía nacional y de la ecología del país. Prefiero ver a ese empresario Wang Yin como personaje de opereta, antes que ver al Gran Lago de Nicaragua convertido en un pantano.

